

Juan Ricardo Nervi

VOCACION Y ETICA
En el ideario pedagógico de
Raúl B. Díaz

Dirección Provincial de Cultura
1959



Gabriel Rojo
Fotografía

VOCACION Y ETICA

En el ideario pedagógico de Raúl B. Díaz⁽¹⁾

JUAN RICARDO NERVI*



Detalle fotografía
Gabriel Rojo

***Profesor de Filosofía y Ciencias de la Educación. Se desempeñó como docente en la Universidad Pedagógica de México, y en Argentina, en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de La Pampa. Ha recibido, entre otros, el premio «Fundador de Ciencias de la Educación en Argentina» otorgado por la Universidad de Buenos Aires. Es profesor emérito de la Universidad Nacional de La Pampa y autor de numerosos libros y artículos relacionados con su especialidad. Dirección Institucional: Gil 353 2º Piso. Teléfono: 02954-451666.**

E-mail: iceii@fchst.unlpam.edu.ar

El nombre Raúl B. Díaz, a pesar de estar entrañablemente ligado a la historia de la educación argentina, es poco menos que ignorado por las nuevas generaciones. Quién, como este ilustre hijo de San Luis, dio tanto para la dignificación del maestro en las horas difíciles de la escuela en tierras de pan llevar, debe ser conocido por todos los que intuyen esto tan evidente y sin embargo descuidado, omitido a sabiendas o simplemente olvidado por pueblo y gobierno: en el fondo de toda crisis político-social subyace -tal vez al amparo de la inevadible instancia económica- una problemática cultural, abierta en interrogantes que exigen perentoria respuesta.

En la Educación está la clave. No erraba Sarmiento cuando ceñía su ejecutoria de civilidad, es decir, su búsqueda de una concepción de vida nacional afincada en la producción y el trabajo, a esa tarea titánica que llegó a ser su pasión de obseso: educar al soberano, educación popular. Lo expresa con claridad el profesor Mantovani, cuando dice que "su brega -la que urgía la necesidad imperiosa de esa concepción- era apasionada, pero no arbitraria. Estaba orientada por designios claros: veía en el progreso - síntesis de trabajo y cultura - el destino argentino". Pero, por supuesto, "el progreso no podía elaborarse con la razón, como lo querían los iluministas", ni desde arriba, por mandato divino... o por Decreto gubernativo." Debía ser el resultado de un proceso de elaboración histórica cuya tarea principal era educar y crear nuevas costumbres; en una palabra, civilizar". Para esa tenaz, penosa, lenta transformación, hacían falta maestros de cuño Sarmientino, capaces de "ceñir la espada del guerrero y conservar toda la vida el cilicio del monje"... Y capaces también de "no aspirar a comer sino el pan seco del soldado, y no recibir mendrugos del poder, que suelen a veces contener estricnina...". De ese cuño fue el maestrillo de Renca. Nacido y crecido en el predio agreste donde, leguas más, leguas menos, se enrarecía el aire de la justicia social en ese subsuelo físico y moral de la explotación del hombre por el hombre, debió impresionarse más de una vez ante el muestrario de dolor denunciado por Germán Ave Lallemand a fines del siglo pasado y recogido por José Ingenieros en uno de sus primeros libros. Vale la pena la transcripción, así sea fragmentaria de este alegato, porque ella servirá para situarnos en el entorno educativo finisecular y señalar, de paso, algunas de las constantes que todavía hoy desfiguran el rostro de la escuela argentina. Con referencia a los mineros

¹Este título ha sido publicado en Cuadernos de Cultura (1959). Dirección Provincial de Cultura, J.Usticia, Instrucción Pública, Culto, Previsión Social y Salud Pública. Año I, N° 2, San Luis:1-17

puntanos decía Lallemand : **"Muchas mujeres viven en cuevas formadas en las barrancas de arcilla de los arroyos, otras en las cuevas de las rocas y otras en míseros ranchos. Viven amancebadas con peones de las estancias vecinas o con mineros, y tienen muchísimos hijos que desde chicos suelen dar a estancieros y otra gente, para que cuiden las majadas de cabras y ovejas"**. Más adelante agregará el destacado relator que "da lástima ver a esas pobres mujeres, casi desnudas y muertas de hambre, paradas en el agua tan fría, lavando el llampo todo el día... y cuando han conseguido reunir algunos centigramos de polvos de oro, lo llevan a la pulpería, en donde el pulpero las engaña y roba con el mayor desparpajo, estafándolas primeramente en el peso y precio del oro, y después en el peso y la medida de los artículos que las pobres compran...". En la encrucijada de ese destino aciago cuyas resonancias llegaron en ecos de lamento y piqueta a la sensibilidad de Lallemand, la cuestión económica, marcada a sangre y fuego por los infatigables defensores de la clase obrera, se unió al problema educativo, como puede verse en los siguientes parágrafos : "...Casi siempre ganan muy poco, y prefieren trabajar por un salario en el laboreo de una empresa capitalista, transportándose con este fin junto con sus familias a parajes lejanos donde esperan encontrar ocupación, a menudo llevando el tifus, la viruela, el sarampión y otras enfermedades infecciosas... Naturalmente, **no saben leer ni escribir**. Los administradores de las compañías mineras suelen explotar terriblemente a estos bárbaros, cuyo trabajo les resulta tan barato que no pueden competir con ellos los obreros inmigrados de Europa". Y a modo de colofón, Germán Ave Lallemand inserta esta revelación, verdadero impacto para la prensa venal de ayer, que es la de hoy y la de siempre: "Los periódicos rechazan todos los informes que dicen la verdad sobre las minas... Declaran que es antiargentino y antipatriótico decir la verdad sobre las minas y denuncian a los que no mienten en ese sentido, a las iras de los fanáticos patrioterros del gobierno de los especuladores de la bolsa, como opositores al engrandecimiento del país: la anarquía sostenida por el fraude patriótico forma la base sobre la que se funda el capitalismo" ¿Era eso todo? No, todavía hay más, para escranio de la democracia "sui generis" de la época, y además, para que a remolque de la oligarquía, el nepotismo, el prevaricato, venga a cuento, junto al drama del hombre de trabajo, el viacrucis de la enseñanza oficial por aquellos años: "En San Luis -dice Ave Lallemand- son los peones criollos los que trabajan en las estancias. Por toda herramienta tienen el lazo, la bola, el cuchillo y el arado de madera de quebracho. Suelen también utilizar el hacha hábilmente. Viven al raso. Visten míseros harapos. Comen menos que los perros. Nada poseen, ni familia. Trabajan por un salario ínfimo, mal y poco. No se les enseña nada. Repárese en este hecho: **No se les enseña nada. E infiérase, entonces, en que medida será imprescindible "educar al soberano" para superar los males que corroen en las entrañas mismas de**

la democracia, y, sobre todo porque hay algo que no debe olvidarse: **"un pueblo ignorante votará siempre a Rosas"**...

¿Quién era aquel Saturnino Camarero, burgalés de origen, que a ruego del talentoso José María Torres ante el Gobierno Nacional de Sarmiento, llegara en 1874 a Renca para encargarse de la dirección de la primera Escuela Graduada de San Luis? En cierto modo hemos delineado -por boca de don Germán Ave Lallemand- las condiciones económicas, sociales y culturales del San Luis de esos años, sierra adentro o pampa afuera. Para la estimativa actual de quienes siguen de cerca el éxodo del magisterio campesino y el índice de escuelas rurales que se cierran por falta de maestros, es decir, por falta de vocaciones auténticas, la presencia de don Saturnino Camarero en Renca -hace casi un siglo- servirá para una valoración comparativa de lo que va de ayer a hoy en la ecuación social de la docencia.

Había nacido en 1832, en la provincia de Burgos (Castilla la Vieja), en cuya Escuela Normal obtuvo el título de Maestro de Instrucción Primaria Elemental. En Madrid, más tarde, realizó estudios complementarios en la Escuela Normal Central. Allí se dedicó a la enseñanza, y, además, a cultivar su natural disposición para los estudios geográficos estudiando dibujo y arquitectura. Ese aprendizaje le fue de utilidad para dedicarse a trabajos de agrimensura, geodesia, planimetría, etc. Razones ideológicas obligaronle a emigrar de su patria, y fue así como arribó a la Argentina, a los cuarenta y dos años de edad, en plena efervescencia política -con movimientos revolucionarios en ciernes- por el encono cívico desatado entre autonomistas y mitristas. Ese encono, más tarde diluido al amparo de la denominada Conciliación propuesta por Avellaneda, llegó también a San Luis y significó la inmolación inútil del General Teófilo Ivaniwski, en Villa Mercedes, el 24 de septiembre de 1874.

En ese clima, cuya densidad no sería extraña a quien, como él, se fogueara en lides políticas mucho más duras, siempre en pos del santo y seña de la democracia, se hizo cargo Camarero de la Escuelita de Renca, y en ella ejerció desde su arribo hasta 1878. De allí pasó a Villa Mercedes, donde inauguró la Escuela Graduada de ese punto llevando su conducción por espacio de un lustro, hasta que, en 1885, y a causa de que no se pagaba con la regularidad debida a los maestros, se trasladó a Villa María, en Córdoba, en cuya escuela graduada prestó servicios hasta 1895. Mala debía ser la remuneración y demasiado espaciada la percepción de haberes también en la escuela cordobesa, porque a partir de ese año pasa a desempeñarse en escuelas del Consejo Nacional de Educación, primero en la Escuela Elemental de Varones de Viedma (Río Negro), "donde sólo pudo estar poco más de un año a causa de la implacable guerra que le hacían los salesianos", y luego en General Acha (La Pampa) donde permaneció por espacio de ca-

torce años dirigiendo la Escuela Elemental de Varones, hasta que en 1909 se le concede una pensión acordándosele el retiro.

A don Saturnino Camarero corresponde la confección de la primera geografía de La Pampa Central, meritoria expresión de sus inquietudes en ese campo. Pero su mérito mayor fue, sin duda, el de haber reparado en las excepcionales aptitudes del niño Raúl Basilio Díaz, orientándolas vocacionalmente hacia el por entonces semivirgen campo de la docencia. Así, primero en Renca y luego en Villa Mercedes, en la formación del Inspector General de Territorios y Colonias Nacionales, la palabra monitorea de don Saturnino habrá abierto rumbos luminosos a ese natural talento, despierto ya a las voces de la cultura bajo el signo de una conciencia militante.

Esa formación, regida acaso por vivencias capaces de definir desde temprana edad una personalidad vigorosa, se dio en el trámite de toda una época decisiva para la subsistencia y preeminencia de una educación nacional, popular y progresista, regidos dichos términos por la misma tesitura intelectual que nació, creció y se multiplicó en esa pedagogía de la acción que sigue siendo la ley 1420 de Educación Común.

Es esa filiación, que empalma con la tónica democrático-liberal del normalismo, la que define posiciones en la enseñanza secundaria de Tucumán cuando, a despecho del criterio de su padre, el estanciero Bernabé Díaz, abraza la carrera del magisterio. Allí va, becado con veinticinco pesos por el gobierno de la Nación y quince por el de San Luis, detrás de ese empeño que es ya en él pasión civilizadora. Lo acompaña Nicolás Jofré, su amigo de todas las horas, y a cuya memoria prodigiosa se debe más a un capítulo evocador de la vida de su condiscípulo. Ya se revelan en Díaz aspectos sustanciales, descubrimientos íntimos que se abren al proceso dialéctico que lo llevará a una concepción científica del mundo y de la vida. Pero hace falta el hallazgo de ese hoyo orientador, capaz de anudarse a la continuidad del impulso primigenio acordado por su viejo maestro burgalés. En esa edad desdibujada entre la ambición y la angustia, cuando a cada instante el Yo es un descubrimiento doloroso, marcado a sangre y fuego por la incompreensión o la indiferencia de los demás, el estudiante adolescente comprende que ha de sobrellevar ese tránsito como una responsabilidad y no como un castigo. De allí que se proponga -y lo logre- ser el mejor entre todos.

Si conmueve la odisea pedagógica de Amadeo Jacques en Tucumán, allá donde, como lo expresa Aníbal Ponce, en pleno caos político-militar, "el colegio se había convertido en un cuartel", pero, a pesar de todo, a fin de evitar el desbande de sus discípulos, Jacques "mantuvo la enseñanza, entre la bulla de cuatrocientos soldados, sin interrumpir uno solo de sus cursos, hasta el día final, en que las tropas le quitaron el último rincón del edificio";

si aquella aventura del pensamiento, encarnada heroicamente por el infatigable profesor francés, fue un fracaso -uno más- y la educación en su lucha sin cuartel contra la barbarie, **no todo hubo perderse**. Y así, porque es la ley que está por encima de la calumnia y el dicitario, el verbo fecundo de Jacques significó el incentivo pragmático, el hito inicial de esa transformación educacional contra la que nada pudo el entonces todopoderoso presbítero Campo. Amadeo Jacques alzó la antorcha y mostró el camino. Desde 1858 hasta 1862 fue su plan de estudios el que tradujo sistemáticamente el imperativo categórico de un nuevo orden de cosas en el mundo de la cultura. El colegio fundado en 1865 -precisamente el año de la muerte de Jacques- buscaría afanosamente la huella precursora de este insigne maestro. Y será, por extraña coincidencia, otro francés de extraordinaria información, quien retome el testimonio del compatriota para seguir su rumbo. Nada se pierde: todo se transforma y conserva. Cuando Paul Groussac se hace cargo - en 1878- de la Escuela Normal de Tucumán, son pocas las experiencias recogidas sobre la base de aquellas reformas educativas propuestas por el fundador de "la liberte de penser" y en las que incide categóricamente la suma de vicisitudes porque pasó el Colegio "San Miguel" hasta su organización. Su plan, el más vasto y metódico que se conociera hasta entonces, debió revalidarse, con las adaptaciones del caso, para la formación de los nuevos maestros normales. Seleccionados con criterio eminentemente científico, esto es liberados de coyundas dogmáticas los contenidos de la educación servirán, aquí sí, de seguro puente entre maestro y alumno para llegar a los fines generales, enderezados a una formación de tipo integral. Si esta tónica jacqueana hubiera subsistido, muchos errores de la segunda enseñanza se habrían evitado desde que, en líneas generales, susceptibles de adecuación o mejora, se abarcaba en el todo lo inherente a la enseñanza general y preparatoria, pero no se descuidaba la especial. "Vienen después los planes aristocráticos traídos de Europa, lo que fue un grave yerro". Con todo, sus puntos de vista -afirmados sistemática o difusamente- se convalidan en la ejecutoria de sus continuadores en la tierra de Avellaneda. Y es ese plasma pedagógico donde, a partir de 1882, habrá de tomar forma definitiva la vocación docente de Raúl B. Díaz. De allí, donde a los nombres de Jacques y Groussac, franceses, se unen los de Mantegazza, italiano, y Burmeister, alemán, cuya gravitación en la cultura tucumana es indiscutible, extraerá el joven sanluiseno la materia prima con la que habrá de elaborar, paso a paso y acabadamente, como en el lema pestalozziano, la dimensión ética de su ideario pedagógico. Refiriéndose a los cuatro europeos citados más arriba, dirá Ricardo Rojas: "No puede ser indiferente a una sociedad embrionaria la presencia de un hombre superior, como lo fue cada uno de los nombrados: muchas vocaciones de jóvenes tucumanos se iluminaron al contacto de aquellos altos espíritus...". Y es que, en efecto, la influencia de uno y otro trascendía al pueblo, llegaba a todas partes y se

traducía en la resonancia afectiva de las clases no pudientes, para quienes la educación iba dejando de ser un lujo. Clima espiritual de esa época en que las contradicciones van afirmando esa síntesis dialéctica capaz de asegurar la vigencia de la democracia integral a través de la enseñanza, y que, en ese eslabonamiento vital de lo multitudinario en pos de sus fueros, incidirá categóricamente en el pensamiento y la acción de Raúl B. Díaz.

Cuando egresa con su título de Profesor Normal, ya San Luis lo reclama para ejercer en la Escuela Graduada de Villa Mercedes. Un año de fuego, desde 1885 hasta marzo del 86, lo afirman en el predicamento de la superioridad puesto que en ese mismo mes se hace cargo de las cátedras de Geometría, Trigonometría y Agrimensura en la misma Escuela Normal de Profesores donde se graduara, y, además, en la Escuela Normal de Maestras de Tucumán. En el año 1889 -y hasta marzo del 90- desempeñará, en Salta, el cargo de vicedirector de la Escuela Normal y la cátedra de Pedagogía. Tiene apenas 25 años y ya su nombre se perfila como el de una de las personalidades más destacadas de la generación docente de ese año 90 en que se lleva a cabo en Buenos Aires un Congreso Nacional de Pedagogía, para cuya presidencia es propuesto por Estanislao S. Zeballos en términos laudatorios. "Con el tiempo, dirá su biógrafo don Jorge A. Mattiauda, pudo saberse cuan justiciero fue el homenaje del gran hombre público argentino...". Y puesto que el tiempo sólo es tardanza de lo que está por llegar, ya lo tenemos a Raúl Basilio Díaz al frente de un organismo educacional que marcará una etapa fecunda en la administración de la enseñanza argentina: la Inspección General de Escuelas de Territorios. La fecha de su designación es significativa : 25 de mayo de 1890.

En la sesión del 18 de junio de 1915, el diputado Dr. Juan B. Justo se refería al incumplimiento del presupuesto de instrucción primaria. No era la primera vez que el recinto de la Cámara de Diputa-

dos de la Nación retumbaba con el "yo acuso" del líder socialista en relación con los casos y cosas de la educación pública. Pero esta vez se trataba de una interpelación al Ministro de Instrucción Pública, y no se aceptaban las "enmiendas honorables" del alto magistrado. Datos, cifras concretas pedía, exigía y daba a su vez el fundador del socialismo argentino. El número de analfabetos es alarmante; la asistencia a clase -obligatoria por Ley- apenas si sobrepasaba el 60 por ciento hasta 1910. Justo denuncia la burocracia imperante y fustiga con energía el malgasto de los fondos destinados a abrir escuelas, fomentar la instrucción, desterrar el analfabetismo. Allí, dicho sea de paso, aflora el caso singular de la Escuela Normal de San Francisco del Monte, en San Luis, donde, dice el destacado tribuno, "so color de honrar a Sarmiento, se quiso fundar a toda costa una escuela normal en una localidad situada en las montañas, en una zona árida que no tiene acceso de ninguna clase porque le falta conexión ferroviaria. Y una vez votado ese gasto -agrega- se lo hizo inmediatamente, aunque no se ha creado la escuela...". El Dr. Justo transcribe luego algunos párrafos del diario "La Prensa": El Consejo Nacional de Educación, "antes de proveer los elementos materiales indispensables para la instalación regular del modesto instituto, nombró director y secretario, resultando estos dos partidarios calificados de uno de los bandos políticos militares". De tal suerte, "la presencia en San Francisco de los jefes del grupo -agrega "La Prensa"- provocó, entre diversas manifestaciones de calurosa simpatía, la idea de honrar a los distinguidos huéspedes, inaugurando la escuela normal, que no contaba todavía ni con casa adecuada, ni con mobiliario, ni con profesores, ni con alumnos. Y así se hizo, en un festival oratorio que dio pie al director en expectativa para formular el programa de su futura actuación en el cargo, a algún presunto estudiante, para exteriorizar las emociones de la juventud que acudiría a las aulas cuando se supiera donde estaban, y a los obsequiados para recomendarse a la

consideración de sus conciudadanos para los próximos comicios...". Nada faltó en aquel acto oficial, nada, salvo la escuela inaugurada que hasta ese momento -24 de mayo de 1915- era, como señalara "La Prensa"... "un puro entre la razón", al igual que los maestros, los discípulos, los pupitres, los pizarrones... y el edificio.

La crítica es, como se ve, incisiva y mordaz hasta la dureza. En esos años los fiscales de la patria, a la manera de Demóstenes, ponían sobre el tapete todas las cuestiones en las que entraba en juego el interés público en función del bienestar común. Ser funcionario equivalía a someterse al juicio moral de quienes, como el diputado Juan B. Justo, urgían el sanea-



Néstor Salamero
El Portal

miento de las instituciones sobre la base de hombres probos, ecuanímenes y capaces. En ese rumbo de crítica constructiva, el Dr. Justo ofrece un cuadro exhaustivo de los gastos afectados a la instrucción pública hasta el 31 de marzo de 1915. Pide la creación de un millar de escuelas para conmemorar el centenario de la independencia. Y pide que sean destinadas a la educación pública partidas que impidan el menoscabo que supone la cesión graciosa de inmuebles particulares para que una escuela pueda funcionar mientras aumentan los gastos militares y se ampara económicamente a las instituciones clericales que propugnan la llamada enseñanza libre o libertad de enseñanza, contraria cien por ciento a la enseñanza estatal. Más adelante veremos en qué medida su pensamiento coincide con el del Inspector General de Territorios, profesor Raúl B. Díaz, cuyo testimonio apela en la sesión citada el diputado Justo. "El señor Díaz -manifiesta el orador- dice que en La Pampa se han establecido todas las escuelas que el presupuesto ordena. Tuve ocasión, hace unos veinte días, de dirigirme al señor presidente del consejo nacional de educación solicitando un maestro para una escuela **cuyo edificio han construido de su propio peculio** los colonos de la colonia La Gloria, del ferrocarril Oeste. En esa circunstancia -agrega Justo- recibí del Consejo Nacional de Educación una tarjetita y una copia de una nota en que dice el señor Raúl B. Díaz: **"El director de la nueva escuela de La Gloria, creada el 5 de marzo, está ya en ese punto. Falta ahora que los vecinos formalicen la cesión gratuita del local para esa escuela, y que la oficina de suministros despache el material escolar"**. "Formalicen la cesión gratuita...!" -exclama Justo- "No faltaba sino esto para que la escuela funcionase, en junio 4 de 1915, fecha de tal nota!". Era otra la escuela a que se refería el Dr. Justo. La mencionada por Díaz es la actual de un pueblito pampeano llamado "La Gloria", a pocos kilómetros de Santa Rosa. Se queja el implacable diputado, además, de la situación creada en Resistencia (Chaco), desde donde se le pide que interceda para que no se suprima una escuela so pretexto -dice- de que no había local. "Era éste el propósito del Inspector de Territorios que informó sobre la escuela de La Pampa -señala Justo- y **que interviene también en el Chaco**, y quería suprimir la escuela por no sé qué pequeñas disidencias surgidas, **por malas razones políticas**, entre el inspector local y el maestro de la escuela, que no quería prestarse para cierta propaganda...". No es claro el considerando de Justo en ese punto. No se entiende si esa rencilla "por malas razones políticas" hace referencia al inspector seccional del Chaco, o al **inspector local** como dice el texto, que sería, en tal caso, el Inspector General don Raúl B. Díaz, lo que, desde ya, nos parece inadmisibles. En cuanto a la zumbona acotación de que el Inspector de Territorios **interviene también en el Chaco**, convendrá ir anotando que esa intervención -siempre marginada de malas razones políticas- es la del funcionario razonable y no la del burócrata apoltronado, la que se nutre en la vocación y la ética de un

ideario democrático, y no la del ganapán aquiescente y sumiso de las administraciones públicas. El rasero del viejo paladín del proletario argentino no pido igualar la estatura moral e intelectual del profesor Díaz con la de tantos cagatintas de la docencia. De haber ahondado en la vida y la obra del discípulo de Groussac y fervoroso admirador de Sarmiento, hubiera tropezado a cada instante con las coincidencias propias entre el socialismo y el pensamiento liberal de la burguesía progresista de principios de siglo.

Sí, el Inspector General interviene también en el Chaco. Y en Misiones, Formosa, Los Andes, La Pampa y la Patagonia. Palmo a palmo recorre todas estas rutas: a pié, a lomo de mula o caballo, en sulki y en carro, en automóvil o en tren. Eduardo Thames Alderete, en su curioso libro "La Escuela del Desierto" abona la validez de esa intervención directa en el manejo de sus fueros técnico-docentes. Un día vio en "La Prensa" un aviso del Consejo Nacional de Educación que decía, simplemente: "Se precisan maestros normales para las escuelas nacionales del Chubut". Y allá fue, a presentarse al Inspector Díaz como postulante:

-¿Es usted de la profesión?- le pregunto don Raúl inspeccionándolo de pies a cabeza.

-Si, señor: profesor normal.-

-Mire- le dijo Díaz mirándolo con fijeza- *ya he propuesto al Consejo dos candidatos que llevaré al Chubut si son aceptados; sin embargo haré presente su solicitud; deme su nombre y domicilio...*

Esa expresión "que llevaré al Chubut", no fue una mera forma de decir. porque días después, habiéndoselo designado para uno de los puestos en el lejano sur, cuando llegó a la dársena para embarcarse, Thames Alderete encontró al Inspector General acompañado de otro maestro.

-Los acompañó al Chubut- dijo Díaz. Y agregó: "...Para ubicarlos convenientemente..."

"La palabra "ubicarlos" me intrigó -relata Thames- y me hice esta pregunta: "Nos importan o nos deportan?". El tiempo se encargó de contestarme".

En efecto, con el tiempo demostró a Thames Alderete, por la palabra y la acción de su superior jerárquico, que el vocablo "ubicación" comprende algo más que "estar en determinado espacio o lugar", en la actitud pasiva del objeto o en el acodo quietista de la espera. ¡Qué de enseñanzas reserva al lector, máxime si el lector es maestro, este poco menos ignorado librito de don Eduardo Thames Alderete! Allí puede verse al Inspector Raúl Basilio Díaz en acción, rompiendo el fuego de esa batalla sin tregua contra la ignorancia, midiendo el pulso de la democracia, de pizarra en pizarra, de cuaderno en cuaderno, con la única arma posible en esas latitudes: **educación. Ubicar al maestro** equivale a decir, centrarlo en su órbita moral, social e intelectual. Robustecerle el temple con la prédica y el ejem-

plo. Solidarizarse con él en la injusticia y fustigar su inoperancia con el tono justo del llamado a la acción positiva. Este culto al esfuerzo se hizo estímulo sin renunciamentos ni flaquezas en todos los momentos de su milicia pedagógica porque para él era la clave con que la educación alcanzaría su meta de civilidad. Mattiauda ha obtenido un libro dedicado por Díaz al Inspector Seccional de Santa Rosa (La Pampa), Sr. Juan R. Espinoza, y en cuya página inicial puede leerse: **El culto del esfuerzo, dirige siempre a una misma dirección, conduce al éxito en la vida.** "Claro que no hay regla sin excepción", agrega. Pero en su trayectoria magisteril el esfuerzo fue norma indivisa, alimentada por esa hondura vocacional que no requiere ni determinación cuantitativa de aptitudes ni otra evaluación que la de esa "praxis" permanente que fue su vigilia de pan y abecedario.

Ubicar a los maestros era **ayudarlos a ubicarse.** ¿Cuál era su concepción del maestro de escuela? ¿Cuál, sí, la de ser heroico y anónimo de la argentinidad, medido en su propio espíritu, perfil, escenario y destino?. El 21 de octubre de 1909, al iniciarse un ciclo de conferencias regionales en Santa Rosa, La Pampa, decía el Inspector General de Territorios: "...El deseo y la necesidad de libertad, igualdad, amparo y bienestar económico, originan y alientan esa corriente universal que busca el equilibrio en el Globo, y nos trae, junto con grandes beneficios, serios problemas... Menester es, pues, que el maestro de escuela tenga plena conciencia de estos grandes movimientos a realizarse fatalmente, para que los acompañe sin dejarse arrastrar o eliminar como resaca por ellos, en calidad de motor, fragua y estrella...". Libertad y necesidad, necesidad y libertad, conjugándose en el equilibrio de la humanidad, procurando la toma de conciencia que lleve a elevarse sobre el mundo de la naturaleza y alcanzar el mundo de la cultura. Si la libertad sólo es posible en mérito a la comprensión de la necesidad, nada debe escapar a la pupila zahorí del maestro, de tal modo que ayude a las generaciones a tener por cierto esto que es contenido esencial del concepto del **progreso**: "Mientras el hombre ignora la necesidad, es esclavo de ella: sólo cuando la necesidad se hace evidente, aprende a dominarla". ¿Qué si no eso pide Raúl B. Díaz para el maestro de escuela, ese "portaestandarte que jamás deberá dormir en la retaguardia o la rutina"? Así como vemos que su urgencia de progreso le impone la actualización constante de los docentes, para que no se dejen arrastrar o eliminar como resacas por esos movimientos de avance irrefrenable de los nuevos tiempos, así también -siempre afirmado en premisas concretas- dirá que la "obra previa del maestro es formar el alma del pueblo que está llenando el patrio suelo vacío; hacer la amplia, homogénea y sólida base de la Nación, por la transformación y asimilación de la plutocracia material y social envoltivos; por la ilustración y elevación del criollo; por la comunidad de ideas, sentimientos, impulsos, ideales, idiomas, tradición, espíritu cristiano y laico, veredicto

moral de la propia conciencia de todos los que respiramos bajo la misma bandera; después, por la preparación para la conquista de la naturaleza, del bien y de la gloria". En todo eso y mucho más consistió, para Raúl B. Díaz el verbo "ubicar" que sorprendiera tanto a Thames Alderete. Ya veremos cuál es, dentro de la tipología docente, el maestro apetecido por Díaz. Por de pronto, digamos que ese tipo nunca fue concebido marginado de la realidad social y ambiental, desconectado de los problemas del hombre próximo o remoto. Su viaje a los Estados Unidos, viaje de estudio tras la huella precursora de Sarmiento, que costó al estado solamente el importe de su sueldo mensual, le demostró que "la supremacía de la escuela en la Unión Americana se debe a las cualidades y virtudes personificadas en sus maestros, y a la opinión honda de todo el pueblo y de las autoridades por la educación común, ancla de salvación de la democracia...". Deja, allí mismo, sentada su posición respecto del maestro que vive aislado de sus compañeros y de la sociedad, sea por orgullo intelectual, ideas preconcebidas o absurdos prejuicios...

Este mensaje desde Santa Rosa tiene vibraciones que cuantifican el acento vocacional del maestro puntano. El culto del esfuerzo, acaso surgido de esa extraña proyección entre emocional e intelectual hacia la filosofía de Nietzsche, lo llevará a consignar que la mejor docencia es la que se sostiene en el trabajo diario y renovado, en cuya artesanía se va arquitecturando el Yo hasta definir en una categoría decisivamente humana, la exigible personalidad docente. Así, el mejor tipo de maestro será, no sólo aquel a quien su corazón le dice "sé maestro...", aquel cuya palabra infunde alegría, confianza y fe y en cuyos labios se abre en "sonrisa la bendición de un mundo de bondad y sinceridad", sino, además, "el que tenga personalidad", el "que es y se sienta algo, capaz de gobernarse y bastarse a sí mismo", y que, "como Jesús, enseña con su mirada o su presencia entre las personas, lo mismo que enseña deliberadamente con su palabra y sus obras...". Por último, el mejor tipo de maestro es "el que más sabe lo que va a enseñar, el que más conoce los métodos adecuados desde el punto de vista de la naturaleza del niño y de las condiciones que rodean la escuela; el más hábil para hacer, el más fecundo en iniciativas, el más virtuoso y valiente, **el que más busca las dificultades para vencerlas...**". Debe repararse en esta última frase: "...**el que más busca las dificultades para vencerlas**", porque ella sustancia esa totalidad arquetípica que asigna al "mejor maestro", acaso en una definición de corte autobiográfico en la que su personalidad de consumo, brilla, paradigmáticamente. Véase sino, en que medida refrenda su poderío de la voluntad esta culminación del pensamiento anterior: "...Sin esta última cualidad el maestro dejaría de ser hombre, porque hombre quiere decir virilidad, esfuerzo tenaz, triunfo. Sin esta virtud o sin los monstruos, Hércules, "envuelto en su manto habría dormido..."

Aquí y allá su voz se ensancha para señalar el grande y noble destino del maestro. Crítica y autocrítica conviven al cotidiano ejercicio de la docencia, elevado el educador al rango que ansiaban Pestalozzi y Sarmiento, esto es, "por encima del hombre de estado, del ministro de la iglesia y de los príncipes del comercio". En General Acha, el 7 de noviembre de 1909, acentuará los rasgos de la escuela laica y democrática en reunión sostenida con los maestros y el pueblo a fin de estrechar vínculos entre educadores y vecindario. Y manifiesta una vez más aquello que es soporte de su estatura moral: el valor del esfuerzo. "La escuela, por la que deben pasar todos los hijos del pueblo –dice– es la depositaria de este cuádruple mejoramiento (que constituye lo) económico, social, educacional y moral" de la sociedad. "En una *comunidad* que no trabaja, en que los habitantes no quieren ni saben trabajar, imperan la pobreza o estrechez de medios de vida, de la cual serían dignos representantes el indio araucano que, cuando no estaba de malón, yacía estirado en el suelo con la boca hacia abajo o hacia arriba; los faquires de la India que pasan la vida contemplándose las rodillas en la más santas de las beatitudes; el árabe, que arma en cualquier parte del desierto su tienda, enciende la pipa y larga los camellos sin asegurarlos, confiando en que Alá los cuidará en una comunidad donde imperan el egoísmo y la falta de cooperación en los intereses comunes, en que la familia no comprende que los derechos del hombre se basan no sólo en la libertad limitada por el mal que no debe hacerse a los otros, sino en el deber de esforzarse por el bien ajeno; en una comunidad donde reinan la ignorancia y la corrupción, no cabe felicidad alguna, y la civilización, si existe en algún grado, retrocede al bajo nivel del estado primitivo de barbarie..."

Si bien no llegó a indagar en las causas próximas y remotas del estancamiento de los pueblos desde el punto de vista eminentemente sociológico, y si, en todo caso, persuadido de que en la escuela y sólo en ella estaría la solución a todos los males endémicos y epidémicos de la sociedad, omitió factores decisivos en la regresión y el atraso provocado a designio por aquellos mismos intereses que denunciara Germán Ave Lallemand en su propio predio natal. Díaz señaló con precisión los imperativos de trabajo y cooperación tendidos a transformar la naturaleza agreste en campos cultivados, chacras y vegetales, destacando que "el origen y la modificación de las condiciones (ambientales) radican en los habitantes mismos, en sus inclinaciones, hábitos, inteligencia, virtudes y temperamento. Según es el término medio de ellos, así es la sociedad. Referirse a una mayoría real, inclinada y preparada para el bien, sería caer en teoría o visión". Y para rematar este criterio, que rubricarían hoy los más avanzados teóricos de las ideologías progresistas, citará a Parker diciendo: "la fe y la esperanza, sin el esfuerzo, son la muerte".

Bien se va viendo, entonces, que resultaban un tanto apresuradas las expresiones un si es no es peyorativas del diputado Juan B. Justo con referencia al Inspector General de las Escuelas de Territo-

rios Nacionales. Acaso fuera más lo que los unía que lo que los separaba. Los hombres -lamentablemente- parecieran estar signados para la disensión mas que para la unión. La posteridad lima asperezas y establece nexos conciliatorios cuando, por supuesto, es demasiado tarde. Y es en los hombres de talento donde un cerco de espinas separa a los unos de los otros toda vez que una discrepancia ideológica se alza entre ellos. No entra en la índole de este trabajo el rastreo de las ideas políticas de Raúl B. Díaz. Que las tuvo, es indudable. Y que las sostuvo, también. Pero en el funcionario terminaba el político, ejemplo que bien debiera servir para el presente y, sobre desgraciadas experiencias del pasado, cubrir todas las cuotas administrativas del futuro. La tremenda importancia de la escuela en un país democrático republicano se revistió en Díaz de un sentido misional que no lo abandonó nunca. Escuela de todos, apuntalada por todos y para todos los hijos del pueblo, "sin distinción de partido, secta o clase social", puesto todos tienen el derecho y el deber "de tomar parte activa en la vida pública como ciudadanos, y cooperar en el bienestar, progreso y grandeza de la Nación". Esa unidad entre pueblo y escuela fue la forja de la docencia territorialiana. Por donde pasara, el ojo avizor llegaba de inmediato a la entraña misma de los problemas. En su trabajo "*La escuela, sus obstáculos, su acción*" centrará su objetivo en las condiciones económicas y sociales de cada lugar. Un apartado que lleva por escueto título el de **POBREZA** servirá para desnudar el repetido drama de los lejanos pueblos de tierra adentro, ayer al igual que hoy olvidados por los gobernantes que sólo se acuerdan del interior en sus campañas proselitistas. "Muchas veces hemos oído decir, comenta Díaz: "no mando mi hijo a la escuela por estar casi desnudo o descalzo, porque se le está lavando el único trajecito que tiene, por estar el caballo muriéndose de flaco debido a la gran seca, o, lo que es más duro, por no tener que darle de comer". "La más apenante miseria -sigue diciendo- se nota en los barrios pobres de los pueblos y villas o en las chozas rurales de Misiones, ambos Chacos, Los Andes y Neuquén". Achacará a la ignorancia y la ociosidad, a la embriaguez y el juego, la razón de tanta miseria, sumado estos vicios a "la carestía de la vida en tan aislados lugares". Quien ésto escribe ha vivido la dura experiencia de la escuela misionera altoparanaña, casi siete lustros después del informe del Inspector General. Las condiciones no habían variado en lo fundamental. Las escuelas seguían siendo taperas miserables, a veces sucuchos inhabitables. La pobreza de los habitantes, la misma. El tétrico fantasma del hambre rondaba como medio siglo atrás sin que nadie hiciera nada por eliminarlo. El drama denunciado por Rafael Barret allí, donde "detenerse es morir" y a veces "morir es comprender", subsistía como antaño. Este Barret -hombre libre- ante la sangre y la miseria física y moral del mensú ponía los puntos sobre las ies al sacudir conciencias dormidas con su alarido de protesta por lo que eran los yerbales. Si acaso coincidiera con el profesor Díaz en la necesidad de mejo-

rar las deprimentes condiciones de vida del proletariado misionero, no creía -iconoclasta al fin- en las posibilidades de la educación, entendida está como fórmula de saneamiento social. "El pueblo se emancipa poco a poco de la miseria en que vive, no por la instrucción, sino por la fuerza de su sagrada cólera...". Como Barret, en aparente contradicción con su ejecutoria hecha a la medida del optimismo, de una fe inquebrantable en las conquistas siempre supremas del hombre en pos de todos los derrotados del progreso, en su intimidad filosófica era frecuente el diálogo con Federico Nietzsche. La escritora Rosa Blanca de Morán transcribe en su excelente monografía sobre el maestro, el artículo que la "Revista de la Asociación de Maestros" le dedicara al cumplir veinte años de inspector. Allí, a modo de introito, se lee estas reflexiones del autor de "humano, demasiado humano...": "...**Donde quiera que paro, me encuentro solo. Por qué me he de parar? El desierto es grande: tal es el sentir de estos hombres que van a la vanguardia**". La nota que parafrasea estos conceptos abona el aspecto objetivo, directo del epígrafe. Sí, Díaz "marcha a la vanguardia en las lides educacionales del país". Lo ha dicho categóricamente Zeballos, y lo repetirán Juan P. Ramos, Pizzurno, y muchos más. Pero la cita no es casual. Quien la escribió debió conocer de cerca al gran maestro. Sabía, es seguro, de su aproximación a Nietzsche. Porque en las interlineas de sus meditaciones, especialmente en "Ideales y Esperanzas", asoma la infinita, la inmensa soledad de Raúl B. Díaz. "Donde quiera que paro, me encuentro solo... Por qué me he de parar?". Como en algún héroe de Ibsen, empujado sobre sus propias espaldas ya un poco encorvadas, sabe por su propia voz, que "el hombre más grande es el que está más sólo". Vedlo en su soledad, que es su grandeza. El desierto es gran-

de, y allá va, a "ubicar" colegas, tal vez buscándose a sí mismo mas allá del hogar que no logró formar porque su vocación de maestro no le dio tiempo para ello; quizás porque su ética de docente le impidió desdoblarse entre dos amores, su enorme, infatigable, incesante capacidad de dar.

En "Los Detenidos", un capítulo de "La Educación en los Territorios" que es un toque de atención para que se haga justicia con el magisterio, aflora - como siempre- la nota incisiva de una ironía rebelde, amarga, tocada de esa dosis homeopática de decepción que lo acompañó en los últimos tramos de su solitaria y desigual cruzada. ¿Qué reclama ahora, gruñendo a lo Sarmiento, para sus colegas? ¿Qué pide para los "redentores sociales", cómo les llaman en sus discursos a los políticos, o "los siervos del poder", como en la realidad son? Solamente, sencillamente, respeto, es decir, comprensión, y, sobre todo, esa endiablada justicia que sigue siendo gárrula muletilla de oradores baratos metidos a políticos. **Los detenidos** son los maestros capaces, al pie de la cuesta a la espera de las circunstancias favorables que permitan el ascenso. "Se hallan desilusionados de ver tanto intruso que salta el peñón y va a colocarse en la cima que es límite del camino profesional. Se hallan desgastados, heridos, envejecidos como símbolo, acaso orgullosos de su humildad digna... ¿Por qué ha de ser así? ¿Cuál es el escollo que aluden los intrusos e impide el paso a los que valen? Por un lado la ineptitud de jefe cuyo caletre no va más allá de sus narices, soporte, casi siempre, de inevitables lentes que garantizan presbicia, miopía o pedantería; por otro lado el tenebroso horror a las ideas, el pánico burgués, ante todo lo que trastrueque el rutinario orden preestablecido; por último el egoísmo, ese diablo cojuelo prendido siempre a la oreja de la ignorancia como para revestirla de tanto abominable principio de autoridad como el que ostentan los mil y un intrusos de que nos habla Díaz. Sí es cierto que **el talento hierre a los mediocres**, malherido habrá de estar más de un organismo ministerial en donde la osadía y la audacia han prevalecido sobre la aptitud y la capacitación, la inteligencia y el mérito. No era poco lo que denunciaba el maestro Raúl B. Díaz en esos años, denuncia válida - ¿por qué no?- para los que vienen corriendo. "Los siervos del poder", los maestros. Para ellos han colocado "la política con su personalismo un peñón en el camino, diciendo; de aquí no pasarán ... Porque los políticos han establecido en las leyes y costumbres que los cargos directivos en la enseñanza primaria y secundaria, los inmediatamente inferiores y otros bien rentados,

able principio de autoridad como el que ostentan los mil y un intrusos de que nos habla Díaz. Sí es cierto que **el talento hierre a los mediocres**, malherido habrá de estar más de un organismo ministerial en donde la osadía y la audacia han prevalecido sobre la aptitud y la capacitación, la inteligencia y el mérito. No era poco lo que denunciaba el maestro Raúl B. Díaz en esos años, denuncia válida - ¿por qué no?- para los que vienen corriendo. "Los siervos del poder", los maestros. Para ellos han colocado "la política con su personalismo un peñón en el camino, diciendo; de aquí no pasarán ... Porque los políticos han establecido en las leyes y costumbres que los cargos directivos en la enseñanza primaria y secundaria, los inmediatamente inferiores y otros bien rentados,



Beatriz García
Venecia

son para sus partidarios políticos, exclusivamente...”, y lógicamente, “de tal sistema resultan reparticiones singulares, con cabeza de político y piernas de maestro, es decir, con extremidades antagónicas que no andan bien, privadas de intenso entusiasmo, de irresistible espontaneidad...”

Y aquí está otra vez Nietzsche. Porque su alegato en defensa del maestro, es su propia defensa. Lo ha dicho ya, sin falsa modestia -que es vanidad- de los que no saben decir su palabra ni romperse. Oigámosle: “Soy, pues, uno de los muchos casos típicos de la detención gremial... ¿Qué explicación tiene el hecho de que los mejores maestros primarios no pasan del radio de Inspectores de Escuelas? El haber estado veinte años en el cargo de Inspector tampoco tiene explicación favorable. Si no fui bueno o si fui mediocre, mal hicieron en sustituirme por otro mejor. Si fui capaz, debieron llevarme a posiciones ascendentes para estímulo y bien común...” Estas palabras, de tono autocrítico, traen el aval del único ofrecimiento que tuviera a través de dos décadas de proficua labor y de cuyo rechazo se hace eco el diario “El País” destacando en términos encomiásticos la proyección ética de su gesto, “en esta tierra donde todos se creen capaces de desempeñar cualquier tarea, por difícil que sea, y donde el afán general es el de escalar los más elevados puestos, se tenga o no la necesaria preparación...”

El cargo que se le ofrece es el de Inspector General de Escuelas de la Capital Federal, que acaba de dejar vacante el Sr. Pablo A. Pizzurno. Su rechazo obedece al deseo de seguir al frente de la Inspección de Territorios. El Presidente del Consejo, reconoce que sería difícil hallar quien lo sustituyera en la complicada repartición; y es interesante consignar que la divulgación del rechazo de este ofrecimiento se debe precisamente al titular del organismo, Dr. José María Ramos Mejía ya que Díaz no le había dado mayor trascendencia. Actitudes como ésta no son pocas en el itinerario docente de quien, como él, sufre en carne propia la postergación injusta de sus colegas, y pasa por encima de las suyas con el desinterés que tipifica a los hombres de su estirpe. ¿Qué hacer, qué hacer por los demás? ¿qué hacer para sanear de una vez por todas ese cuerpo de raquítico erario succionado por tantas larvas? “No sé, -dirá- pero, envuelta en la espléndida irradiación del cerebro de Nietzsche, la pluma escribe: “Los detenidos pasarán, llevados por acontecimientos que producirán ellos mismos y por otros de origen desconocido; ayudados por los excesos interminables del poder político; enriquecidos de luz, calor y alientos por el porvenir...” Afirmará después, en páginas memorables, la necesidad de formar el carácter para evitar el extravío de vidas en flor, de esas inteligencias malogradas que “apenas dejan las aulas... entran a la vida pública, se precipitan al pie de la dorada escalera política, experimentan extraña alucinación, y trepan por ella, gozosas, para hundirse en el lodazal y perderse en ese ocaso inmediato que se llama legislatura, mi-

nisterio, gobernación, congreso, etc....”. Fustigará con furia apostólica a esas “inteligencias surgentes que prefieren las falsas alturas políticas, llenas de impurezas, en vez de las verdaderas alturas de la vida, ásperas, heladas y silenciosas, pero sanas, útiles y eternas”, porque, “sólo es inteligente el que hace el bien...”

Bien se ve hasta qué punto los males insitos de la política llegaron a convulsionar hasta la amargura a él, que debió soportarlos más de una vez en aras de su vocación y en amparo de su Escuela Territoriana. Por distintos conductos llega, para ratificar su desapego a las influencias de los políticos y su fobia a las recomendaciones, esta anécdota aleccionadora: “El Senador M. llegó un día hasta el despacho de Raúl B. Díaz en Buenos Aires preguntando a gritos: -¿Dónde está el Inspector?- y ordenando: “¡A ver si anuncian que aquí está el senador por su provincia...!” Como ya dijimos, Díaz detestaba a los políticos, y mucho más si estos eran fanfarrones. Contra su costumbre, pues, y ex - profeso, le hizo hacer antesala. Cuando decidió hacerse presente, el legislador, amoscado, le espetó, siempre a gritos: “¡pero, amigo... Yo soy el Senador M...!” a lo que contestó don Raúl “Categoría por categoría, entonces... yo soy el Inspector Nacional de Escuelas”, y lo dejó con la mano tendida, sin invitarle siquiera a tomar asiento, y siempre él de pie. “Es que ...somos comprovincianos, sabe?”-dijo el senador ya confundido frente a la adustez del maestro”. “Sí señor..., contestó Díaz, y parece que esa fuera la gloria de los dos... ¿Desea pedirme algún nombramiento? Mi tiempo es muy caro, y le ruego abreviar...”

-Sí... tres recomendados míos...-
-Escribame los nombres, y me ocuparé de ellos siempre que sean capaces de ir lejos... La Argentina necesita maestros decididos...-
-Aquí están ya los nombres, en esta tarjetita... yo quisiera que mis recomendados...-
-Buenos días, señor senador...- Y habiéndole tomado la tarjeta abandonó Díaz el lugar.
Más tarde, según versión del Dr. Nicolás Jofré difundida por Rosa Blanca de Morán, el senador puntano se quejaba en los corrillos habituales... - ¡Pero había sido “guasó” el Inspector, che...!- Y eso que es maestro... Y somos comprovincianos... ¡yo no sé lo que hubiera pasado si yo no fuera senador, porque, siéndolo... ni por cortesía me dijo: siéntese! ¡un desatento, che... un desatento!”

64-77

Qué decir, qué agregar a modo de definición caracterológica?. Raúl B. Díaz era así. Por eso cabe en el periplo de su personalidad este empaque de soberbia con que a veces recubría su modestia. Bien sabía el rotundo Inspector General que muchas de las lacras de la sociedad se integraban en el desdoro y la molición de los políticos y que en un pueblo hambriento la educación y la cultura sonaban a sarcasmo. En su folleto titulado “**Como cobran los maestros**” decía sin rodeos eso que era trémolo de

rebeldía en sus labios: "Si reflexionáis bien, veréis que las oligarquías han fomentado el analfabetismo – aparte de otros medios- pagando poco y con meses, cuando no años de atraso a los maestros de escuela...". Ese entreguiones- **aparte de otros medios**- equivalía a la vía crucis del pueblo trabajador, sumido en la ignorancia y la barbarie, sumergido a designio por terratenientes, latifundistas y las diversificadas especies de explotadores acunados en el regazo del capitalismo. "No hay sueldo demasiado alto, ni nunca está pagado con demasiada puntualidad para el maestro de escuela: la nación que hace esto más acabadamente, es, sin duda, una de las más civilizadas y justas".

¿Qué acusación sería la de aquel Gobernador Militar a quien pusiera en vereda a poco de iniciarse como Inspector, en 1891?

El expediente reservado N° 89 de ese año destaca esta contestación enérgica y contundente: La acusación "es una calumnia, y la rechazo en este documento como empleado que siempre ha tenido por guía de sus actos el juramento de Manzoni: **nunca he hecho trato con los viles; nunca he traicionado la verdad**". Hay un tránsito de serena grandeza en esta respuesta tajante. Tránsito de franco cuño moral que apareja uno de los pensamientos cardinales de Beethoven que sirven de epígrafe a Romain Rolland cuando, en su biografía del genial músico, inscribe esta profesión de fe sencillamente humana: "Hacer todo el bien que sea posible; amar la libertad por sobre todas las cosas y aunque sea por un trono no traicionar nunca a la verdad". Esa calibración ética del ideario pedagógico de Díaz, se pone de manifiesto cada vez que un hábito de injusticia se filtra por el quicio de su aguzada sensibilidad. Es en esas instancias cuando podrá decir, a calzón quitado, verdades como estas: "...A partir de 1895, se renovó el Consejo y apareció, excediéndose, el jefe perfilado por Taine, "que se sufre pero no se acepta". Miró con extrañeza olímpica la tendencia, la actividad, los ideales, el horror a la morfina, el amor a la verdad, la franqueza, la viril dependencia y el desprecio a las influencias políticas por parte de la Inspección; vio que esta no seguía, que estorbaba, que no era de su hechura y semejanza... y la condenó al aislamiento, la desautorizó y deprimió en lo que pudo...". Es el inevitable, el eterno choque de caracteres, de escuelas, de ideas e ideales. Lo dirá con palabras llenas de esa rebelde sonoridad que enfilan su impacto a la mediocracia administrativa: "es un largo duelo entre el mediodía y el ocaso..." Entre lo viejo, caduco, remoto y muerto, y lo que surge, vivo y candente en el constante devenir que subviene a las necesidades del cambio. El jefe que se excede es, todavía hoy, el mismo "enorme pulpo de mar" que se devora a sí mismo, de que nos habla Díaz. ¿Qué extraño, entonces, que sus conceptos mantengan vigencia y se lean como una página de plena actualidad en esta pobre cosa que es la educación argentina, aquí y ahora? Si ya el clamor asume la tonalidad de lo multitudinario cuando exige la

transformación de la enseñanza a partir de sus raíces, será porque en su triple problemática, "hombre- medios- fines", no se ha dado con soluciones capaces de asegurar en plenitud esos principios que, como los de comunidad vital y formación integral, se han desdibujado en manos de jefes y directores faltos de sensibilidad, cultura, vuelo creador y pasión docente. El mal que aqueja nuestra enseñanza viene, como lo denuncia Raúl B. Díaz, desde hace largos años. ¿Qué decir de esta suma de anacronismos que se vienen soportando como peso muerto en nombre de absurdas tradiciones radicadas en textos y pretextos dogmáticamente medioevales? La enseñanza media, sobre todo, descubre a diario las contradicciones y desniveles de su ajeo trazado. De educación para vida del hombre en sociedad, como debería ser, su ejecutoria se ha resuelto didácticamente en esquemas y formulas que la constituyen en centros de servilismo y obsecuencia parasitaria. ¿La causa? Buscadla allí donde la rastrea la insistencia de quien la sufre con la dura serenidad de los estoicos. Y seguramente, la encontrareis, entre expedientes, rostros avinagrados, y papeles; entre reglamentos y disposiciones, normas disciplinarias y rígidas formalidades. ¿que no es allí, solamente, donde medra? Buscadla entonces en los pasillos y antecorredores donde la intriga palaciega se nutre de embustes, y los más capaces, esto es, los que no reptan, dejan su libra de carne en la picota para saciar la gula de los cuervos...

Escuelas, escuelas, escuelas: cientos de ellas fueron creadas por la infatigable labor de la Inspección de Territorios. Era imprescindible hacerlo en aras de la afirmación categórica de una escuela Nacional gratuita, gradual, obligatoria y esencialmente laica. Por otra parte, el ojo turbio de la burocracia metropolitana no alcanzaba a ver, ¿o no quería ver?, los peligros certeramente señalados año tras año por el vigilante Inspector Díaz. Es, en ese aspecto, de riguroso alcance actual el capítulo de su tercer tomo de "**La Educación en los Territorios y Colonias Nacionales**". En el mismo advierte a las autoridades en qué medida se despreocupa el Estado de sus escuelas en tanto que presta su incondicional apoyo a la enseñanza impartida por los salesianos. Y dice, entre otros valientes conceptos: "porque ella va mas allá que la clerical; porque desamparar a ésta sería descuidar la asimilación al organismo de la Nación, de las generaciones que se levantan..."

No se discute la posible validez informativa de la enseñanza que imparte esta congregación en las escuelas territorianas. "Que... pueden enseñar a leer, escribir, contar y religión, yo no lo discuto", expresa. Pero repara en que la enseñanza ha de tener por base preparar a las generaciones **para esta vida**, aqueñada la dudosa futuridad perseguida por los fines de la escolástica, corriente que "se quedó ya muy atrás de la época presente". Partidario como es de las medidas radicales, "aunque murmurasen los campesinos y protestasen los "religiosos", man-

daría cerrar las escuelas salesianas y trabajaría incensablemente para mejorar la escuela nacional, seguro de servir mejor, así, a la República". Vivisecciona el sistema salesiano de enseñanza y, de paso, transcribe los informes de los maestros laicos, uno de los cuales dice textualmente: "Viendo una escuela salesiana, se ve a todas. El mismo fin las guía, y el mismo ideal las inspira: son comerciales en sus propósitos y sectarias en su propaganda...". Destacan sus biógrafos Pereyra Cabral y Argerich que su labor fue la del sembrador de escuelas. Era esta siembra una carrera, no sólo contra el "peligro de congregación o Salesiano", como lo llamó, sino también contra la expansión de aquellas escuelas de las colonias galesas de la zona de Chubut, en las que, entre los Jones, Hunt, Roberts, y otros apellidos sin duda familiares en varias leguas a la redonda, se diluía otra vocación de argentinidad proscrita por la mentalidad típicamente inglesa de las escuelas que allí funcionan. A ellas se refiere extensamente en su libro "La Escuela del Desierto" al maestro Thames Alderete, no sin destacar que entre estos nombres de colegas galeses, el de don Tomas Alberto Puw constituía una excepción en mérito a su muy docente capacidad de comprensión.

En todas partes se hace presente la proyección ética del profesor Díaz. Si no vacila en descubrir la escoria que subyace en el fondo del artificial problema educativo, tampoco le tiembla el pulso cuando refuta cargos, invita a la polémica constructiva, informa o, simplemente, dice sin cortapisas lo que otros callan por temor a la sanciones de quienes constituyen el gobierno de turno. Cuando, en 1913, publica su libro "Ideales y Esperanzas en Educación Común", libro denso y maduro, un hábito de posteridad se hace vibrato en esos pensamientos que ya prevén el signo de los tiempos nuevos. Afloran allí sintéticamente, muchos de los enfoques desarrollados analíticamente por Azevedo y Elizondo en sus respectivas Sociologías de la Educación. Y se afirma en considerandos de fundamentada profundidad filosófica su profesión de fe laicista. Allí dirán que son dos grandes corrientes que chocan: "el clericalismo y el liberalismo, el dogma y la ciencia, lo viejo y lo nuevo"; y que "un concepto más elevado y justo debe venir desde lo alto del gobierno, o levantarse de la sociedad con fuerza avasalladora, para que la escuela laica no sea relegada a los peores lotes, detrás de los conventos y las comisarias...". Todo ello porque, "así como no hay democracia verdadera sin la sepa-

ración de la Iglesia del Estado, tampoco la hay cuando el pueblo, desalojado o detenido por el oficialismo, no moldea ni alienta a la escuela común...". Nadie podrá sentirse herido ni ofendido cuando voces tan honestas renuevan el mensaje de Tácito que el insobornable Mariano Moreno hiciera suyo en La Gaceta: "Tiempos de felicidad aquellos en que se puede sentir lo que se quiere y decir lo que se siente..."

Bien se ve que para el discípulo de Groussac, la verdad era su ariete. **Con la verdad no ofendo ni temo**, podrá decir cuando se le pide cuenta de ciertas expresiones, acaso duras en exceso, referidas a las tendencias políticas en la Educación Común y en relación con el problema del analfabetismo en todo el país, cuyas causas próximas y remotas señalan por entonces con penetración y agudeza el diputado Juan B. Justo, el sociólogo José Ingenieros y el ilustre educador don Pablo Pizzurno, cuya trayectoria docente no ha sido todavía lo suficientemente esclarecida a la luz de la pedagogía. Díaz, en esa huella precursora, destaca lo estéril de ese centralismo absorbente que debilita el cuerpo demográfico del país y que va provocando la macrocefalia que más tarde denunciara don Ezequiel Martínez Estrada en "la cabeza de Goliath". Es ese centralismo el que va desquiciando paso a paso la progresión cultural-educativa del interior del país. Y que "amenaza con demoler por sus fundamentos el régimen de la Constitución Federal". En tal sentido arremeterá una vez más contra la administración nacional, diciendo que "no ha sabido aminorar el analfabetismo en los territorios que de ella dependen y que, por lo tanto, "carece de títulos para presentarse como salvadora de la cultura popular de las provincias". Rematan su alegato, publicado en "La Prensa" del 9 de febrero de



Beatriz García
Perspectiva arcadas

1911, estos puntos de vista, plenos de vigencia para quienes luchan por la concreción de esos ideales federalistas que el defendiera en todo momento: "Las energías del país no están en un solo punto ni en determinados hombres: están en todos los hombres y en todas partes, desde el presidente de la República al humilde trabajador, desde Buenos Aires hasta la última aldea o lugar. En dirigir, facilitar y estimular el libre juego de esas energías, para que los hombres y estados se levanten a un nivel máximo, aunque diferente, está el secreto de la grandeza y felicidad. De otra manera no se creará lo que nos hace falta y abate: capacidad, inventiva, aptitud para el trabajo, las industrias, la cultura, la independencia y la libertad en la vida democrática".

Nada escapa a los dictados de su vocación. Sabe que la clave de nuestro progreso ha de buscarse en la emancipación económica y que, coetáneamente, habrá que trabajar duro y parejo en el campo educacional para contrarrestar el poderío de las oligarquías, productoras a designio del analfabetismo. Para ello serán necesarios esos recaudos que sirvan a la transformación de la enseñanza y al consecuente mejoramiento de la escuela sobre las bases científicas. Años más tarde Aníbal Ponce insistirá con argumentos más acabados, en el mismo tópic, cargando el acento en la necesidad de superar los mismos vicios denunciados por Díaz, aportando, a la vez, los remedios indispensables. Para la concepción de Inspector General de Territorios "a la escuela mejor sólo se llega por el buen maestro y la ilustrada opinión pública". A ese arribo tienden sus apreciaciones acerca de la preparación profesional y continúa del maestro normal, y, consecuentemente, la del profesor. "Lo que hoy producen nuestras escuelas normales -dice- es, salvo excepciones, secundario. Y vale poco... se asombraría don Raúl si asomara, hoy, a cincuenta años de sus aseveraciones, a nuestra fábrica de maestros, cuyos productos -salvo las mismas excepciones- siguen valiendo tan poco como antes. La crisis de método sigue siendo la misma. Y si los congresos de enseñanza no logran zafarse de ese punto muerto que supone la mera "expresión de anhelos", tenemos por cierto que seguirá por muchos años más.

Sobre esa instancia cardinal que Raúl B. Díaz llama, fervorosamente, la "religión del esfuerzo", habrán de elevarse sobre sí mismos los maestros. La Escuela Normal dará de sí solamente esa dádiva pobretona de conocimientos rutinarios, verdaderos clisés que repiten el rostro de la fatiga a cada paso, si no se la reestructura integral y científicamente. Mientras tanto llegue esa sustanciación, será imperativo categórico de conciencia docente el de buscar por sí la suma de valores que convengan a la formación de la personalidad. Si ésta es la tónica del presente, piénsese cuánto más sería dirimir, hace medio siglo, el pleito entre la teoría de la escuela de corte eminentemente informativo, y la práctica docente en ejercicio activo, imprescriptiblemente formativa. Ese divorcio entre la Escuela

Normal y la realidad vivencial del país, subsistente en sus lineamientos fundamentales, llevó al profesor Díaz a reflexiones de corte axiológico en relación con las auténticas personalidades que exige el magisterio, no sólo para llevar a buen puerto su cometido de transformación social sino, además, para hacer de la escuela el taller de cultura democrática, crisol de hombres libres, que debe ser. En esa coordinada espiritual destacará características arquetípicas en figuras consulares de nuestra historia oficial, iniciadas con Moreno, San Martín, Alberdi y Sarmiento, entre otros, pero culminada con un pionero del agro argentino, acaso símbolo de ese pueblo trabajador que la susodicha historia oficial ha perdido de vista entre tanto dato de corte hagiográfico o estrategia bélica como el que llena sus anales. Ese pionero es Aarón Castellanos, el colono esperancino al que uno de nuestros grandes poetas, José Pedroni, cantara con la misma unción con que el maestro Díaz lo señala como "ideal de trabajo y creación de aptitudes propias", cuando desarrolla analíticamente el axioma: "Los ideales determinan todos los esfuerzos de la voluntad". La personalidad del maestro habrá de afianzarse en una "praxis" apuntalada por el contacto del pueblo y puesta al servicio de su soberana grandeza a través de "su majestad, el niño". Muchas de sus consignas pueden asimilarse a las de la denominada "**Pedagogía de la personalidad**", a cuyos teóricos Eucken, Budde, Gauding y Kessler, ha dedicado ese excepcional maestro de América que es el Dr. Juan José Arevalo un convincente ensayo exegético. Indudablemente, es lícito preguntarse, como el pedagogo guatemalteco "si la escuela no sirve mejor a la cultura vigorizando las personalidades que nivelándolas en un término medio...". Y no otro era el criterio de Díaz cuando hablaba de la función social, cultural y docente de la escuela en su relación con su cometido esencial: la formación del individuo para la vida y de acuerdo con su potencial de aptitudes. La misma capacidad de vivir los valores, la misma idea generatriz de patria y nacionalidad, el mismo fuego revolucionario que urge a la vocación íntima la lucha sin tregua por la dignificación del pueblo, de modo que la escuela sea una comunidad de vida y de trabajo, sirven a la visión global del problema de la personalidad docente desde la perspectiva experiencial de la Inspección de Territorios, tanto como desde el prisma teórico de autores que, como Kerchensteiner, son más conocidos en nuestra república que la mayoría de los argentinos que años y leguas atrás libraron la batalla de la instrucción pública con iguales o mejores títulos. De ahí que, no sin cierta tristeza, se piense a veces que, de haber sido extranjero y tener, por añadidura, un nombre menos criollo que el de Díaz este hijo de San Luis, sería mucho más conocido en su propia tierra...

Si, como bien lo apuntara Díaz en sus meditaciones, "la escuela está llena de cosas contrarias a la personalidad"; cosas que se llaman "reglamentaciones, órdenes y prohibiciones copiosas",

que llenan los anales de la Instrucción Pública, y "atan como a prisioneros" a los alumnos, maestros y profesores, ahogando sus impulsos vitales... "He aquí su ideario pedagógico, en largas e intensas vigilias de sacrificios y esperanzas, mantiene la lozanía de ayer, y es mensaje que deberán recoger tanto los maestros como quienes tienen a su cargo el manejo de la educación pública. ¿Que, aquí, y allá, acaso por excesivo celo docente llegó a perder de vista el valor de lo político en función de cultura? ¿Qué de trecho en trecho, sometido como estuvo, a presiones de tipo administrativo, se dan en el contradicciones y afloran notas de escepticismo moral y filosófico? Y qué!. Al ciudadano Raúl B. Díaz hay que comprenderlo en relación con su circunstancia. Desprenderlo de ella será considerarlo en abstracto, perderlo irremisiblemente como hombre de su tiempo, y, lo que es más, desarraigarlo de eso que le dio razón de subsistencia: su magisterio. Podrá disentirse con sus puntos de vista; podrán discutirse sus ideas con mayor o menor vehemencia. Pero en todos los casos habrá que reconocer algo que ni sus más obcecados detractores dejaron de tener en cuenta: su entrañable sentido de la justicia, su amor a la patria y su inexpugnable vocación. Fue uno de esos grandes solitarios que, como el árbol providencial, crecen para dar sombra, flor y fruto a los viandantes. **Murió solo...!** escribe, su hermano "luego de referir los pormenores del deceso", hace cuarenta años. "Murió solo". **Lo dice con dolor... y es un elogio**, señala acertadamente Edmundo Pereyra Cabral. La soledad

como vínculo consigo mismo en ese paradójico "viaje" que él preludia, del brazo otra vez con Nietzsche, en palabras que suenan a réquiem y por las que transitan, como siempre, la escuela, el maestro, los niños, y también él, él mismo diciendo su propio, póstumo mensaje: **"En su turno, soledad y silencio..."** Pero ¡escuchad! **"él grita, llevado por un águila que vuela con el pico hacia el sol! ¡loa al trabajo! ¡loa a ese desconocido, a ese raro que pasa por el oasis solitario, tendiendo delgados hilos de conocimiento entre las cabezitas y las almas de los niños..."**. en la página 251 del tercer tomo de sus "Veinte años de Inspector", se lee la palabra FIN consignada como título del último capítulo del libro. Aquí esta limado en su artesanía de la soledad, el oro íntimo de su grandeza moral, en ese grito, pecho adentro y cielo arriba, que lo inviste de posteridad: "... Y ahora, tiempos, circunstancias y envolturas personales, dejádmelo libre... ¡Qué bien se está de este lado de lo tangible, en lo invisible, después de haber sido y hecho algo...!". Todo lo demás "queda allá, lejos y abajo, como la forma del gusano que la mariposa de luz deja en el zarzal" cuando vuela hacia el sol. En él ya no late otra cosa que un solo corazón inmensurable en el que se unen todos los latidos de quienes fueron la razón de ser, de su existencia: los maestros, el pueblo, los niños **"que aprenden, ríen, juegan y lloran**, en renovación infinita..." es decir "la patria y la humanidad, grandes, prósperas, felices, eternas...".



Néstor Salamero
Médanos